

ba en la poesía de «La Mandrágora» y en otros poetas que no pertenecieron a él (Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, el Neruda de *Residencia en la tierra*, entre otros), consistió, en las palabras de Braulio Arenas, en la «necesidad de hacer posible la libertad, puesto que nunca como ahora nada risueño nos ofrecía el exterior; pero teníamos a nuestro haber el humor surrealista y la ironía romántica, las que fueron pedernales preciosos para frotarlos contra la piel de una realidad depravada»¹³. Aquel carácter «nuevo» de la entonces poesía chilena, signo de un sustancial cambio a través de las corrientes vanguardistas y surrealistas, ya había quedado muy bien señalado —tres años antes de la formación de «La Mandrágora»— en la importante *Antología de la poesía chilena nueva* (1935), hecha por Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita (Huidobro, Neruda, De Rokha, Díaz Casanueva, Rosamel del Valle, Omar Cáceres, Juvencio Valle, Angel Cruchaga, más los dos antologados y excluyendo inexplicablemente a Gabriela Mistral). Sin embargo, tres años después (1938), aparece una antología prologada por Tomás Lago donde se incluyen ocho poetas de entonces —aún no llegaban algunos a los veinticinco años—, la que andando el tiempo vendría a ser un importante antecedente prehistórico de la antipoesía parriana. Estos nuevos poetas se consideraban distintos a los poetas creacionistas, herméticos u oníricos. Postulaban a la claridad conceptual y formal, cuyos antecedentes estaban ya en César Vallejo y de Rokha, a la naturalidad y espontaneidad al alcance de un grueso público¹⁴. Se autodenominaban los paladines de la claridad, poetas de poesía diurna contra los poetas oscuros: el reverso de la medalla surrealista. De estos ocho poetas, Nicanor Parra sería el que habría de dar otro rumbo, pero no único, tanto a la misma poesía chilena como a una parte considerable de la latinoamericana a partir de *Poemas y antipoemas* (1954). Esta segunda línea, el antipoema o la antipoesía, no fue sino —en las propias palabras del antipoeta— «el poema o la poesía tradicional que se enriqueció con la savia surrealista»¹⁵. A partir de aquí, la concepción del poeta que habitaba una aureola hermética u onírica comenzaba a ponerse en serias dudas. De igual modo, la sospecha de una condición de profeta o conductor de pueblos y la utilización del lenguaje poético como instrumento dócil al dictado de una precoz o automática inspiración. En su conjunto, éstas fueron las características más notorias que se reunirían en la llamada generación poética chilena del 50 (Enrique Lihn, Jorge Teiller, Efraín Barquero, Armando Uribe, Miguel Arteche, Alberto Rubio, entre otros), el

política en América Latina», *Araucaria de Chile*, núm. 13, 1981, págs. 81-96; más allá de ser un espejo de las corrientes europeas han sido movimientos que tienen relación con ciertos postulados nacionalistas, antioligárquicos, según sean los distintos países en que se dieron. Hasta ahora no existe un trabajo que demuestre aquello en el caso chileno.

¹³ BRAULIO ARENAS: *Art. cit.*, pág. 8.

¹⁴ FERNANDO ALEGRÍA: «Antiliteratura (3. "Antipoesía")», en *América Latina en su literatura*, Ed. César Fernández Moreno, Siglo XXI, México, 1972, págs. 249-258.

¹⁵ Los poetas antologados por TOMÁS LAGO fueron: Luis Oyarzún, Jorge Millas, Omar Cerda, Victoriano Vicario, Hernán Cañas, Alberto Flores, Oscar Castro y Nicanor Parra. Véase, NICANOR PARRA: «Poetas de la claridad», *Atenea*, núm. 380-381, 1958, págs. 45-48. RENÉ DE COSTA: *Poetry of Pablo Neruda*, Harvard University Press, Cambridge, 1979, pág. 211, señala que la antipoesía parriana puede considerarse como un importante antecedente sobre la cual influye *Estravagario* de Neruda.

más cercano y vigente eslabón que la posterior poesía joven chilena iría a retomar ¹⁶. Eran Lihn y Teiller los que sintetizaban los rumbos, sin embargo, diversificados, que continuarían los más jóvenes poetas. El primero, cuya poesía refería a una realidad contemporánea y urbana más compleja, configuraba en un todo dialéctico la desconfianza de la poesía, pero el convencimiento que ella podía dar cuenta también de las personales incertidumbres y desalientos. Al poeta ya no podía bastarle una fugaz inspiración para expresar esa nueva complejidad, sino precisar su escritura a través de un exigente oficio autoasumido (Oscar Hahn, Gonzalo Millán Rojas, entre otros, son ejemplos clarísimos de esta lección). La poesía de Teiller, aquella que buscaba un tiempo de arraigo en las comunidades donde la naturaleza del sur chileno parecía no desbastada, dejaba en los poetas «láricos» de la joven poesía, por el contrario, una relación bastante conflictiva con aquel espacio provinciano. El idílico mundo rural teillerano desaparecía cada vez más por el avance inminente de cierta civilización que irrumpía en la «casa natal» (Jaime Quezada, Omar Lara, Floridor Pérez, Enrique Valdés, entre otros, son los ejemplos más relevantes) ¹⁷.

Las distintas expresiones de la vanguardia que se desarrollan a partir de las primeras décadas; la poesía contestataria de Pablo de Rokha que comienza a desarrollarse dentro de esos años; la gran respuesta nerudiana a la poesía de sus *Residencias* desde mediados de los cuarenta —que más que solución se convertía también en un problema de aprehensión—; la antipoesía parriana, que comienza a partir de 1940; y la convivencia con algunos poetas de la generación de los cincuenta, son, en conjunto, la tradición que la poesía joven, a partir de los años sesenta, no dejaría de reconocer. Sin ser iconoclastas, mantienen una relación crítica con sus antecesores, pero más sensibles a las distintas tonalidades subjetivas o herméticas de la vanguardia junto a la síntesis de ésta: el desenfado y el coloquialismo antipoético, así como el descreimiento del poeta-profeta. De allí que éstos no se erigieran en paladines de lo social-realista

¹⁶ De hecho, en 1965, en el primer encuentro de la Joven Poesía Chilena, que organiza *Trilce* en Valdivia, hacen su reconocimiento público a la generación del 50. Se leen ponencias sobre la poesía de Jorge Teiller, Enrique Lihn, Alberto Rubio, Efraín Barquero, Armando Uribe. Ello indicaba que no había ningún intento de aparecer iconoclastas con las previas generaciones, sino convivir críticamente con ellas. Gonzalo Rojas, que venía de más atrás (de la del 38), fue uno de los poetas que estuvo más próximo a los más jóvenes. En 1967, con motivo de los 50 años del poeta, muchos poetas de esta promoción lo festejaron en una comida memorable. En él reconocían tanto su conducta poética como la síntesis de los aportes de la vanguardia y un realismo que no necesariamente estaba dentro de la «claridad social» ni tampoco dentro de la «claridad antipoética».

¹⁷ Bastaría un estudio detenido de la poesía de Jaime Quezada, Floridor Pérez, Omar Lara, entre otros, para demostrar con más especificidad las relaciones conflictivas con aquel mundo que ya no es absolutamente «lárico». En Jorge Teiller, como ha sido señalado por JAIME GIORDANO («La poesía de Jorge Teiller», en *Poesía chilena (1960-1965)*, Ed. Omar Lara y Carlos Cortínez, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1966), la infancia es el recuerdo amenazado por lo temporal. En Quezada y Pérez, lo que hay es una infancia escindida entre un mundo lárico que ya no existe y un mundo más moderno que lo asedia. Es Jaime Quezada quien ha sintetizado lo que ocurre con la poesía «lárica» que practican algunos de estos poetas posteriores a Teiller: «La infancia me parece la parte más profunda de mi vida. No puedo hablar de ella sino rodeada de calles, de cerezos, de caballos. *Una nave espacial mancharía el color de mi cielo* (el subrayado es nuestro). Mi poesía está ahora en la ciudad, desafiándome a mí mismo. Es un paso, una liberación. Sin embargo, me ahogo con una cuerda al cuello que nadie ve y todos tiran». Véase, *Trilce*, núm. 13, 1968, pág. 59.